



Jean Delumeau
À la recherche du paradis
 Fayard, París, 2010, 396 págs.

A la hora del constante bombardeo mediático sobre las amenazas que nos rodean como la nueva recesión económica, el calentamiento global, el peligro terrorista invisible y el riesgo nuclear latente, así como de los escenarios apocalípticos para el año 2012 que promueven nuevos profetas, podríamos dejarnos invadir por cierto pesimismo en relación al futuro que se avecina; sin embargo, esta obra de Delumeau nos invita a explorar el tema de la esperanza a la luz de la búsqueda del paraíso como eje transversal de la historia de la civilización moderna. Al igual que la promesa escatológica de un nuevo mañana, la idea de paraíso es una matriz constante del pensamiento occidental y está en el corazón de las grandes transformaciones sociohistóricas e ideológicas de la humanidad. Según Delumeau, la palabra “paraíso” está ahora, más que nunca, de moda: la sociedad de consumo, mientras se tengan los medios para realizarlo, nos ofrece múltiples sitios

paradisíacos, con atractivas playas de arena blanca y hoteles de lujo para evadir la rutina laboral y las megalópolis; asimismo, existen paraísos fiscales para exonerarse del pago de impuestos; y, finalmente, los publicistas se deleitan en aludir a ciertas representaciones paradisíacas y/o angelicales que impactan profundamente en el imaginario individual. En efecto, ¿quién no ha soñado con el paraíso? Así, pareciera que el individuo, preocupado por su futuro, necesita refugiarse en la idea de paraíso.

Los límites del marco de análisis escogido por el autor son los del mundo judeocristiano, con el fin de entender cómo se ha forjado esta idea. Prístinamente, el paraíso se refiere a un jardín como lo refleja su etimología, en tanto proviene del persa antiguo *paradaiza* que significa “un vergel protegido por un muro contra los ardientes vientos del desierto” (p. 15). Lo anterior pone de manifiesto los vínculos estructurales que unieron históricamente la idea de felicidad con la de jardín. Aunque hoy en día pueda parecer surrealista, hasta el siglo XVI muchos hombres creyeron que el jardín del Edén subsistía en algún lugar lejano de Oriente. Así, durante su tercer viaje, Colón relataba haber llegado “a proximidad del paraíso terrestre” (p. 21). Por dicha razón, la cartografía occidental ubicaba el Oriente hacia arriba en vez del Norte, ya que se creía que ahí se encontraba el paraíso terrestre, cuna de la humanidad, colocando a Jerusalén en el centro de esta cosmovisión. Dicha representación del mundo empezó a perder sustantividad a partir del Renacimiento y del viaje de Magallanes alrededor del mundo.

Pese a haber desaparecido físicamente de los mapas, el “jardín de las delicias” ha seguido ocupando, hasta ahora, un lugar preponderante en la cultura religiosa cristiana. En los siglos XVI y XVII, el paraíso se convirtió en un objeto de estudio racional y científico

a través del cual se buscaba rastrear los orígenes de la humanidad y localizar este lugar utópico. El siglo XVIII marcó un giro en la investigación científica sobre el paraíso, el mismo que se vislumbra en la caída drástica de la producción literaria sobre este tema; la época de las luces empieza paulatinamente a poner en jaque “la veracidad histórica del inicio del Génesis” (p. 69). De Rousseau a Kant, pasando por Darwin, la idea de paraíso terrestre no aparece más que como una “narrativa simbólica” (p. 76). Pero el progresivo desmoronamiento del relato escatológico del jardín del Edén no coincidió con el fin de las esperanzas, menos aún de las utopías; por ende, Delumeau traza un puente entre la esperanza de un nuevo paraíso terrestre y el nacimiento de las nociones de progreso y socialismo. Aunque las creencias milenaristas fueron y/o son transversales a muchas civilizaciones, el Milenarismo, basado en la creencia de un periodo intermedio de paz y felicidad, posterior al tiempo de guerras y desdichas presentes y previo a la eternidad, revisitó un rostro nuevo bajo las plumas de los utopistas –e incluso de autores como Adam Smith cuyo pensamiento se sustenta en el trío: libertad, progreso y felicidad–.

La tradición escatológica empezó a cobrar fuerza a partir del siglo X, pero conoció su verdadero nacimiento con Joachim de Flore, para quien la historia de la humanidad se divide en tres momentos: el tiempo previo a la gracia, el tiempo de la gracia y el tiempo próximo, que será el de una gracia mayor. El legado joachimista será esencial en la construcción de las teorías milenaristas, pacíficas o no, que florecieron a partir de ahí en Europa y tuvieron impactos trascendentales más allá de sus fronteras. Tanto los viajes de Colón como los proyectos de Manuel I, rey de Portugal, pueden entenderse bajo el prisma de las esperanzas que los animaban. La Reforma y la Contrarreforma no aniquilaron la

irradiación de la corriente milenarista, la cual siguió siendo muy activa en el ámbito protestante como lo expresa Laplanche (p. 158), quien califica a la Inglaterra de la época como una “nación saturada de escatología”. Al igual que las representaciones del infierno cristiano fueron transportadas a tierras nuevas donde los fuegos del imaginario parecen haber sido reactivados¹, las creencias milenaristas encontraron en el Nuevo Mundo un terreno fértil para su desarrollo. Tal vez más que la Nueva España y el Perú, la América anglosajona fue el refugio ideal del pensamiento milenarista importado de Europa, el cual dejó ciertos vestigios en la mentalidad norteamericana.

Es así que el siglo XVIII y todo el siglo XIX están caracterizados por el feliz matrimonio entre milenarismo y progreso, bajo el pensamiento de Owen, Hegel, Fourier e incluso Victor Hugo; pero, al mismo tiempo que se desarrollaban estas ideas de una felicidad alcanzable mediante el avance del conocimiento científico-instrumental, surgía un pensamiento revolucionario que pugnaba por una transformación profunda y radical de la sociedad. De esta forma, a partir de 1850, emergen voces contra utópicas que ponen en duda tanto la fe en el progreso como la promesa escatológica cristiana. A diferencia del siglo XIX, en el siglo XX el optimismo milenarista se encuentra oscurecido por los crímenes de lesa humanidad.

Luego de una reflexión extensa sobre el crecimiento, apogeo y declive de las creencias milenaristas, Delumeau se concentra en la fe duradera en un más allá de felicidad eterna y el sentido de lo sagrado; esto lo lleva a destacar los lazos estrechos entre verticali-

1 Duviols, Jean-Paul (1996). “Visions infernales dans l’iconographie européenne relative à l’Amérique”. En *Enfers et damnations dans le monde hispanique et hispano-américain*, Jean-Paul Duviols y Annie Molinié-Bertrand, (coord.). Paris : PUF.

dad y lo sagrado, y entre la muerte y lo sagrado. El problema de la verticalidad está inscrito en el núcleo de la promesa escatológica cristiana, en tanto que la idea misma de paraíso celeste se construye sobre una jerarquía de lugares entre tierra y cielo donde se reparan castigos, sufrimientos redentores y bendiciones –gran parte del arte renacentista y barroco contribuirá a difundir y fortalecer esta representación de un más allá articulado a la idea de verticalidad–. Lo dicho se refleja de modo particular en la importancia dada a los ángeles, la ascensión de Jesús y a la asunción de la Virgen en la iconografía de la época, incluso esta búsqueda insaciable de verticalidad se refleja en la arquitectura barroca (bóvedas, fachadas y retablos) (pp. 269-307). Como lo señala Delumeau, “en el ámbito religioso, el arte barroco y el rococó [...] tuvieron la finalidad de trasportar a los fieles a una atmosfera de paraíso jugando con motivos ascensionales, [...]. Lo irreal se volvía provisoriamente presente” (p. 313). Empero, paralelamente, el protestantismo emprendía una suerte de desmitificación de la idea de paraíso para reubicar la espiritualidad, no en la magnificencia del más allá y su representación resplandeciente, sino en el ser humano. Esta “desacralización del cielo” (p. 355), contemporánea al descubrimiento de la noción de progreso, produjo un impacto considerable en la relación del hombre con lo sagrado en la modernidad occidental.

Finalmente, esta investigación analiza la construcción antropológica del más allá en el que se posibilita el reencuentro entre vivos y muertos y el establecimiento de una relación comunicativa entre ellos. Esta tradición cristiana, presente en filigrana desde los primeros tiempos de la Iglesia, ha cobrado particular fuerza en los últimos doscientos años. A partir del siglo XVIII se da un giro en la percepción antropológica de la muerte y nace la

convicción de que el amor terrestre permanece en el más allá (p. 371-372). En suma, la desmaterialización del paraíso como lugar conllevó a su revalorización como “estado” de construcción de sentidos, el amor a Dios ya no era un fin en sí sino un medio del amor fraternal, de la promesa de la eterna felicidad de estar con los suyos.

A pesar de muchos méritos historiográficos, Delumeau no hace suficiente hincapié en la dualidad existente entre paraíso e infierno, verdadero sostén del imaginario paradisiaco. Es en esta tensión entre la función punitiva del infierno y la salvífica del paraíso, y entre miedo y deseo, que se construye todo el armazón de la promesa escatológica² ya que, en un mundo sin miedos, ni penas, ni castigos, la idea misma de esperanza se desvanecería.

En suma, para quienes están interesados en comprender la reciente reactivación de lo religioso, este libro ofrece una pléyade de respuestas sobre la religiosidad moderna gracias a una comprensión aguda de las formas que revistió la esperanza universal e histórica en otro mundo, lleno de paz, felicidad y bienestar. Frente a un futuro amenazador y angustiante, las imágenes de paraíso no están aún listas para desaparecer de los esquemas mentales del individuo pero, sin duda, son y serán transformadas y reconfiguradas de acuerdo a las necesidades del presente y las expectativas del futuro.

François-Xavier Tinel

*Doctor (c) Université Paris III – Sorbonne
Nouvelle*

2 Baschet, Jérôme, 1985, “Les conceptions de l'enfer en France au XIVe siècle: imaginaire et pouvoir”, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 40e Année, N° 1, EHESS, Paris, pp.185-207.